

aumentó en ellos naturalmente cuando vieron que se procedió a establecer la Villa Rica y que aún se hablaba ya de internarse en el país, lo cual contrariaba enteramente su principal deseo, que era de regresar cuanto antes a la isla de Cuba. Así es que, para estorbar en cuanto estaba a su alcance aquella disposición, procuraban infundir el descontento y la desconfianza entre la tropa, esparciendo algunos conceptos ofensivos a Cortés; y aunque éste logró desde luego tranquilizar a algunos de ellos, manifestándoles repetidas veces que él no quería detener a nadie por la fuerza, y que el que no estuviera conforme con seguir su suerte podía volverse a Cuba, no fué así con Juan Velázquez de León, Diego de Ordaz, Escobar, Pedro Escudero y otros amigos y parientes de Diego Velázquez, quienes llegaron al extremo de negarle todo género de obediencia, por la cual tuvo necesidad de mandarlos arrestados a bordo de las naves, a fin de dar así un ejemplo a todos los otros que abrigaban las mismas ideas.

Además, para alejar del campamento por algunos días a los descontentos que trabajaban en extraviar el espíritu de sumisión que reinaba en la mayoría de sus tropas, y aprovechándose de la escasez que éstas tenían de víveres frescos, por haberse retirado completamente todos los indios de las inmediaciones, dispuso que Pedro de Alvarado marchase tierra adentro hasta unos pueblos cercanos con cien hombres, entre los cuales tuvo cuidado de colocar aquellos que eran más afectos a Diego Velázquez, con el objeto de recoger algunas provisiones. En esta correría llegó Alvarado hasta el pueblo de Cotaxtla, cuyo lugar, lo mismo que todos los demás que visitó en su tránsito, habían sido abandonados por sus habitantes aquel mismo día, no encontrándose en ellos más que dos indios que les proporcionaron maíz, gallinas y algunas legumbres, con cuyos bastimentos regresó al campo de Cortés, causando su llegada gran gozo entre la tropa, porque como dice el mismo Bernal Díaz del Castillo, "todos los males y trabajos se pasan con el comer".

Mientras que ésto sucedía, un acontecimiento inesperado vino a favorecer en gran manera los planes de Cortés. Dos de los soldados españoles que estaban de guardia avanzada fuera del campamento, vieron dirigirse hacia ellos por la desierta playa cinco indios, cuyo aspecto era muy diverso de los que hasta entonces habían conocido, pues además de no vestir el mismo traje, llevaban pendientes de las orejas y del labio inferior unas ruedas de oro con algunas piedras, y unas hojas delgadas del mismo metal. Al aproximarse éstos indios a los soldados, con sus rostros alegres y haciendo algunas reverencias a su usanza, les suplicaron por señas que los llevasen al campamento, en vista de lo cual, uno de aquellos soldados, que era el mismo historiador Bernal Díaz a quien he citado, los condujo inmediatamente ante la presencia de Cortés, a quien, después de darle las mayores muestras de su sumisión y acatamiento, le dijeron en lengua mexicana, por no haber allí quien entediera su propio dialecto, que eran súbditos de la nación Totonaca y enviados por su señor residente en Cempoala, ciudad distante ocho leguas de aquel punto, para saludarlo en su nombre y rogarle que pasase a su pueblo en unión de sus compañeros, seguro de que serían todos muy bien recibidos, añadiendo que no habían venido antes por temor a los mexicanos que estaban con ellos, pero que se habían apresurado a hacerlo tan luego como llegó a su noticia que aquellos se habían retirado de la costa.

Por las diversas pláticas que tuvo Cortés con aquellos enviados, comprendió desde luego que el señor de Cempoala era uno de los feudatarios de Motecuzoma que, impacientes de su yugo, estaban muy bien dispuestos a aprovechar la primera oportunidad de sacudirlo; y como nada podía él apetecer tanto como una alianza de esta clase, por cuanto que ella aumentaría sus reducidas fuerzas con gentes del propio país, que le serían bajo muchos aspectos de grande utilidad, después de haber tomado de aquellos mensajeros informes exactos acerca del estado y condición de los totonacos, así como de los males que el gobierno

de México les hacía sufrir, se despidió de ellos haciéndoles algunas dádivas y halagos, y encargándoles que manifestasen a su señor lo agradecido que le estaba por su cortesía y que muy pronto tendría el gusto de pasar a hacerle una visita.

En efecto, convencido Cortés de que no debía perder un momento en aprovecharse de tan bella ocasión como la que se le venía a las manos para dar un gran paso en su proyectada empresa, luego que regresó Pedro de Alvarado de su expedición a Cotaxtla, comunicó a sus tropas la orden de estar listas para emprender la marcha a Cempoala, en cuyo viaje llevaba el doble objeto de ver todas las ventajas que podía alcanzar de la amistosa invitación del señor de este pueblo, y de reconocer por sí mismo el puerto que Montejo había visitado cerca del monte de Quiahuitztlá, a fin de que, si lo hallaba conveniente, se trasladase allí sin demora la nueva villa, por ser cada día esta medida tanto más urgente cuanto que en los arenales en que aquella estaba antes colocada, habían perecido ya sobre treinta y cinco soldados, muertos unos a consecuencia de las heridas que habían recibido en las acciones de Tabasco, y otros por la malignidad del clima.

Más antes de emprender este viaje, debía Cortés vencer algunas dificultades que la división que desgraciadamente reinaba entre sus mismas tropas le oponía, pues a pesar de los castigos que poco antes había impuesto a los principales promovedores del descontento, como quiera que tales castigos no habían sido extensivos a todos ellos, los que quedaron libres continuaban haciendo siempre alguna resistencia a sus determinaciones y oponiéndose sobre todo a la idea de internarse en el país. Para destruir esta oposición, tuvo Cortés necesidad de emplear aquella política que más de una vez puso en práctica con buen éxito en el curso de su peligrosa empresa, y por medio de dádivas y ofrecimientos logró atraer a sus miras la mayor parte de los descontentos, incluso algunos de los mismos a quienes había puesto arrestados anteriormente, con excepción de

Diego de Escobar y Juan Velázquez de León, que continuaron presos con cadenas a bordo de las naves hasta algunos días después en que los puso en libertad, haciendo de ellos en lo sucesivo unos de sus más fieles y verdaderos amigos.

Una vez arreglado de esta manera todo lo necesario para la marcha, mandó Cortés trasladar una parte de la artillería a bordo de los bajeles, disponiendo que estos navegasen por la costa hasta situarse en el nuevo puerto descubierta por Montejo, mientras que él, con toda su fuerza reunida, marchaba por la playa con dirección a Cempoala.

Conforme a estas disposiciones, emprendió su marcha aquella caravana, viéndose obligados los españoles a atravesar por medio de canoas o balsas el río de *La Antigua*, en cuya ribera izquierda estuvo después colocada la Villa de Veracruz, donde “estaban, dice Bernal Díaz del Castillo, unos pueblos sujetos a otro gran pueblo que se dice Cempoala, de donde eran naturales los cinco indios de los bezotes de oro que he dicho que vinieron por mensajeros a Cortés, que les llamamos *Lopelucios* en el Real, y hallamos las casas de ídolos, y sacrificadores, y sangre derramada, e inciensos con que zaumaban, y otras cosas de ídolos, y de piedras con que sacrificaban, y plumas de papagayos, y muchos libros de su papel, cosidos a dobleces, como a manera de paño de Castilla, y no hallamos indios ningunos, porque se habían ya huido, que como no habían visto hombres como nosotros, ni caballos, tuvieron temor”.

Aunque no es de ninguna manera mi ánimo presentar en estos apuntes una noticia completa de todos los hechos de la conquista, deberé seguir refiriendo aquí los pasos dados por aquella expedición en su viaje a Cempoala y otros puntos de la costa, así por no dejar trunca la relación de los sucesos que tuvieron lugar en las playas de Veracruz, como porque debiendo considerarse todavía esta naciente villa en aquellos días como una población ambulante, formada por el pequeño ejército de Cortés que era su único vecindario, puede muy bien decirse con

exactitud que todo lo ocurrido en éste hasta el momento en que se dirigió el mismo ejército a México, dejando una guarnición establecida en la Villa Rica, es realmente el principio de la historia de esta población.

En su tránsito a Cempoala, pernoctaron los españoles en un pueblo inmediato al río de la Antigua, y al día siguiente continuaron su viaje, sirviéndoles de guías para el camino unos indios que tomaron en el mismo pueblo. Como para llegar a aquella antigua capital de los totonacos, era necesario separarse de la playa hacia el interior del país, los españoles pudieron ver y admirar en su correría la hermosura y magnificencia que la naturaleza ostenta en aquellos terrenos, cuya semejanza con los de la España austral les hizo extender a toda esta parte del continente el nombre de **Nueva España** que antes habían dado únicamente a la península de Yucatán.

Una legua antes de llegar a Cempoala, se presentaron a los españoles veinte indios enviados por el señor de aquel lugar, para ofrecerles en su nombre algunas piñas y otras frutas, y para acompañarlos a los alojamientos que les tenía preparados, excusándose de no ir él en persona a recibirlos fuera de la población por no permitírsele su excesiva obesidad, la cual, si hemos de creer a los mismos historiadores que lo conocieron, era tal en efecto, que no podía moverse sin gran dificultad.

Mientras que seguía la caravana caminando hacia el pueblo, uno de los soldados que se había adelantado y podido distinguir a cierta distancia las casas, que por estar recién pintadas de blanco y bruñidas, brillaban a los rayos del sol, volvió muy gozoso a decir a sus compañeros que aquellos edificios eran de plata, cuya noticia, si bien provocó la risa de algunos, no dejó de ser creída por otros, hasta que Doña Marina les explicó la clase de materiales que los indios empleaban para construir y pintar sus habitaciones. Esta hermosa apariencia de los edificios de Cempoala que hizo incurrir en tal error a aquel soldado, es sin embargo una prueba de que, como lo aseguran algunos

historiadores, esta población era sin duda en aquella época la más considerable de cuantas hasta entónces habían visto los europeos en el Nuevo Mundo, así por el número como por la cultura de sus habitantes. A esta ciudad, por lo hermoso y ameno del sitio en que estaba colocada, dieron algunos españoles el nombre de Sevilla, y otros el de Villa viciosa.

A medida que se aproximaba a ella Cortés con sus tropas, encontraba por el camino multitud de indios que salían a ver por sus propios ojos aquel para ellos tan extraño ejército, hasta que por fin penetró éste en las calles de la ciudad, observando las precauciones debidas en país enemigo, y pasó a ocupar su alojamiento, que era en el interior de un vasto templo, en cuya puerta estaba aguardándolo el voluminoso señor de los totonacos, quien, después de haber hecho a Cortés los saludos y sañumerios que eran de costumbre entre los indios, se retiró para dejarle tiempo de descansar de las fatigas del viaje, prometiendo volver a verlo más tarde.

En efecto, pocas horas después se presentó de nuevo aquel cacique en el alojamiento de los españoles, con el objeto de hablar detenidamente con su jefe. En esta conferencia, deseando Cortés inspirar la mayor confianza al señor de Cempoala, a fin de que fuese en sus explicaciones con él tan franco e ingénuo como lo necesitaba para averiguar la verdadera situación interior de un país que debía ser ya necesariamente su tumba o el cimiento de su gloria, después de ponderarle el inmenso poder de su soberano el monarca de España, y asegurarle que la única misión que por su real orden traía a estas tierras era la de auxiliar y proteger a los oprimidos contra sus opresores, concluyó ofreciéndole que desde luego podía contar con él y los suyos para cuanto necesitase, seguro de que lo ayudarían siempre con lealtad y decisión. Tan generosas ofertas produjeron naturalmente en el ánimo del cacique el efecto que Cortés esperaba, pues creyendo haber encontrado en éste el apoyo que necesitaba para emanciparse del poder de Motecuzoma, a quien

detestaba, no dudó en confiarle que desde un tiempo inmemorial el pueblo de los totonacos había sido un pueblo libre y gobernado por autoridades de su propia elección, hasta que por su desgracia había sido pocos años antes subyugado por los mexicanos, quienes, no satisfechos con extraerle periódicamente los más enormes impuestos, tomaban cuando les placía, sus hijas para violarlas y sus hijos para sacrificarlos, haciendo así su yugo cada día más odioso e insoportable.

Al escuchar del cacique los infortunios que sufría el pueblo totonaco, le reiteró Cortés sus anteriores ofrecimientos, aparentando condolerse sinceramente de su situación, aunque en su interior no podía menos de celebrar el ver tal desunión entre los súbditos del mismo gobierno a quien tenía que combatir, puesto que ella le proporcionaba el poder contar con aliados a una parte de los que debían ser sus enemigos. ¡Tan cierto es que un pueblo dividido por el descontento y los odios que en toda sociedad engendran los desaciertos y los abusos del poder público, está a la merced del primer atrevido que quiere dominarlo!

No obstante que la acogida que tuvo Cortés en Cempoala no podía ser más lisonjera por parte del cacique, el cual le regaló en esta visita algunos objetos de oro, valiosos en unos mil pesos, no juzgando sin duda conveniente el que permanecieran mucho tiempo sus tropas en medio de aquella población, emprendió al día siguiente su marcha a Quiahuitztla, con el objeto de ver el puerto ya antes indicado, para lo cual le facilitó el mismo cacique el número de indios de carga necesario para la conducción de los bagages.

Al llegar Cortés a este pueblo, lo halló casi desierto, porque una gran parte de sus habitantes, atemorizados por la aproximación de los españoles, se habían ausentado de allí; más luego que tuvieron noticia de que aquellos venían como amigos sin hacer mal alguno en la población, y que se encontraba entre ellos el señor de Cempoala, que había venido a ver a Cortés, con-



ducido en hombros de indios, se presentaron a éste, a quien le manifestaron estar dispuestos a hacer con él la misma alianza que los cempoaltecas contra el gobierno de México, del cual estaban igualmente disgustados.

Mientras que estaban en estas pláticas, llegaron a aquel pueblo, seguidos de un gran séquito, cinco ministros recaudadores de Motecuzoma, para recoger los tributos establecidos; y como Cortés observó el pavor que causó a los indios que estaban en su compañía tan inesperada visita, así por las tropelías que ordinariamente cometían en los pueblos aquellos colectores de los impuestos, como por las funestas consecuencias que podían sobrevenirles de haberlos visto estos unidos a los españoles, se propuso inmediatamente sacar un gran partido de aquella circunstancia, haciendo, por medio de un proceder doble, que los indios de Cempoala y Quiahuitztla cometiesen un atentado bastante a provocar la ira del emperador de México, para que así se vieran después obligados a unirse francamente a él, como su único apoyo, y pudiese él aparecer a los ojos de aquél como el defensor y libertador de sus propios enviados.

Para conseguir este doble objeto, propuso Cortés a los totonacos el que prendiesen en el acto a los recaudadores mexicanos, manifestándoles que no debían tolerar por más tiempo las humillaciones y vejámenes que les hacían sufrir, contando como podían contar con su ayuda; y aunque por lo pronto se resistieron éstos a dar un paso tan atrevido con aquellos emisarios a quienes tenían la costumbre de obedecer y respetar, no tardaron en colmar cumplidamente los deseos de aquél, pues no contentos con encerrarlos en unas jaulas bajo la custodia de guardias españolas, y queriendo además sacrificarlos luego a su venganza, pudo Cortés aquella misma noche dar libertad a dos de ellos y hacer lo mismo con los tres restantes algunos días después, teniendo por supuesto buen cuidado de hacerles entender que él era quien únicamente los salvaba de la furia del pueblo. Ya



veremos más adelante las ventajas que alcanzó Cortés en el ánimo de Motecuzoma en este astuto proceder.

Por lo pronto, al circular por los pueblos de las comarcas vecinas la noticia de este acontecimiento extraordinario, cuidó Cortés de anunciarles también que en lo sucesivo se resistieran todos ellos si querían al pago de los tributos; y como, por más que se diga, nada agrada tanto a un pueblo como la libertad, sobre todo cuando ésta se hace sentir desde luego en aquello que más de cerca toca al interés y bienestar individual, logró Cortés atraerse por este medio las simpatías de una gran parte de los habitantes de la costa, y muy particularmente la de los caciques de Cempoala y Quiahuitztlá, quienes se constituyeron desde entonces en súbditos del monarca español, extendiéndose inmediatamente el documento respectivo, autorizado por el escribano de la armada.

Una vez concluido aquel extraño tratado de una manera tan satisfactoria para Cortés, se dirigió éste hacia el punto de la playa donde pensaba trasladar la nueva villa, y habiéndole parecido aquel lugar muy preferible al en que estaba antes, se procedió inmediatamente a fundarla en una llanura al pie del monte Quiahuitztlá, cuatro leguas distante de Cempoala y una del puerto descubierto por Montejó. En la ejecución de esta obra, deseando Cortés alejarse cuanto antes de la costa e internarse en el país, se trabajó sin descanso y con tal actividad, que muy breve estuvieron contruídos los edificios de madera necesarios, no ya sólo para habitaciones, sino también algunos almacenes para depósitos, así como una ligera fortaleza para que la pequeña guarnición que debía permanecer en este punto pudiese defenderse en el caso de ser atacada por los naturales.

Entretanto, habiendo llegado a México los primeros recaudadores a quienes Cortés puso en libertad, e informado a Motecuzoma del buen tratamiento que de éste habían recibido, aquel desgraciado monarca, alucinado en parte por el amistoso servicio que a sus comisarios habían prestado aparentemente

los españoles, y no dudando ya ser éstos los mismos hombres que, según los anuncios siniestros hechos a sus antepasados, debían venir del Oriente algún día a ocupar estas tierras, dispuso enviar todavía otros seis embajadores, entre los cuales iban dos sobrinos suyos, acompañados de muchos nobles mexicanos y la gente de su servidumbre, conduciendo, como de costumbre, algunos ricos obsequios. Al presentarse estos nuevos enviados a Cortés en Quiahuitztlá, tuvieron el candor de darle las gracias a nombre de su señor por haber puesto en libertad a dos de los recaudadores, quejándose amargamente del atentado que con ellos había cometido el cacique de Cempoala, a quien tan sólo por los respetos que le merecían los extranjeros que se hallaban entre ellos no castigaba con todo el rigor que merecía su crimen, y suplicándole por último no únicamente que diese del mismo modo libertad a los otros tres recaudadores que estaban aun detenidos, sino también que no protegiese de ninguna manera la resistencia que aquellos pueblos habían manifestado al pago de los tributos.

Luego que se impuso Cortés del objeto de esta embajada, la cual no podía ni debía considerar sino como un nuevo testimonio de la debilidad de Motecuzoma, cuyos temores respecto de la invasión de los españoles en su territorio habían aumentado naturalmente cuando llegó a su noticia que una parte de sus súbditos estaban ya unidos a ellos en buena amistad, juzgó conveniente emplear con los enviados del emperador de México un lenguaje que, a la vez que le demostrara su irrevocable resolución de pasar a verlo, le hiciese comprender bien las ventajas que a pesar suyo y no obstante todas sus precauciones iba adquiriendo en su propio país. Con este intento, después de manifestar Cortés a aquellos embajadores las justas quejas que tenía de Motecuzoma por la manera extraña con que Cuitlalpitoc y los demás mexicanos lo habían dejado abandonado en la playa de Chalchiuhcucan, rehusándole así todo género de auxilios, les habló con estudiada indiferencia acerca de la prisión de los



cinco recaudadores, como de un hecho en que no había tenido otro participio que el de libertarlos del furor del pueblo, que quería sacrificarlos a su venganza, agregando, que respecto de la pretensión de que no apoyase la resistencia que el mismo pueblo hacía al pago de los tributos, le era imposible cumplir sus deseos, supuesto que habiendo ya éste jurado obediencia al rey de España, y siendo de su deber el protegerlo como su representante en estos países, no podía permitir que en lo sucesivo se le exigiese impuesto alguno sino por su único soberano, terminando esta conferencia con suplicarles que dijeran en su nombre a su soberano que muy pronto esperaba tener el gusto de pasar a hacerle la visita que le tenía anunciada.

Antes de retirarse estos mensajeros, presentaron a Cortés los nuevos obsequios de Motecuzoma les había entregado, cuyo valor total, según los historiadores, era de unos dos mil pesos. En cambio de ellos les dió Cortés algunas cuentas de vidrio de colores y otras frioleras de menos valor, haciendo además, para amedrentar a aquellos dos parientes de Motecuzoma que formaban parte de la embajada, que presenciasen en una llanura inmediata algunas evoluciones de la caballería y descargas de las armas de fuego.

Esta última embajada del emperador de México favoreció en gran manera los planes de Cortés, afianzándole la amistad y alianza de los pueblos ya sometidos a su poder, pues no pudiendo ocultarse a éstos que todas aquellas atenciones que los enviados de su antiguo señor tributaban a los recién llegados extranjeros, después del atentado cometido con sus recaudadores, no eran más que una prueba evidente del grande respeto que les inspiraban, no vacilaron ya desde este momento en captarse de todos modos su aprecio y favor.

Además, parece que el cacique de Cempoala, envalentonado con la amistad de tan poderosos aliados, quiso hacer uso de ellos para vengar algunos antiguos ultrajes que había recibido

de ciertos pueblos vecinos, con cuyo fin hizo entender a Cortés que en un pueblo poco distante de Cempoala, al que los historiadores contemporáneos dan el nombre de Cingapacinga, se hallaba reunido un ejército considerable de mexicanos amenazando invadir su territorio, y le suplicó encarecidamente que enviase sus tropas para lanzarlos de aquel punto. En vista de este anuncio, y como nada deseaba tanto Cortés como extender el prestigio que iba adquiriendo en los pueblos que iba visitando, a la vez que dar a los que ya eran sus aliados una prueba de su lealtad y buena fe en los ofrecimientos que les había hecho, se puso en marcha hacia Cingapacinga con cuatrocientos hombres y algunos caballos, acompañado de unos dos mil totonacos; pero habiéndose cerciorado al llegar a aquel punto ser falsas las noticias que le habían comunicado el cacique, supuesto que lejos de notar en los habitantes del referido pueblo el menor espíritu de hostilidad, no recibió de ellos sino pruebas de sumisión y respeto, reconvino severamente al señor de Cempoala por aquel engaño, y regresó a este lugar después de dejar establecidas amistosas relaciones con todos los pueblos que halló a su tránsito.

En esta breve correría, cuenta Bernal Díaz del Castillo, que Cortés, deseando hacer creer a los indios de Cempoala que bastaba uno sólo de los españoles para auventar a todos sus enemigos, dispuso que un vizcaino viejo, tuerto y cojo y de mala catadura, llamado Heredia, fuese acompañando a los caciques hasta la margen de un río que debían atravesar en el camino de Cingapacinga, y que llegando allí descargase algunos tiros al aire, a cuya señal se presentaría inmediatamente él con sus tropas, a fin de que vieran los naturales que aunque se encontrase un español sólo, tenía siempre en su mano el secreto para hacer que se le reunieran sin demora todos sus compañeros.

En la misma correría parece que Cortés quiso también dar a los indios una muestra de la moralidad y buen orden que hacía